

Con el corazón en un puño, Luis se ofreció voluntario para un asunto turbio que sus amigos y él tenían entre manos. Formaba parte de una variopinta pandilla de jóvenes de toda índole y simpatía, traviesos los más, y a veces insoportables, a juzgar por las críticas cicateras de algunos distraídos vecinos de la calle ancha del barrio. Los muchachos solían congregarse en la puerta lateral de la iglesia en sus ratos ociosos, sólo con el propósito de estar juntos y alborotar, que son tareas intrínsecas e inherentes a la juventud. De todos modos, sólo se trata de canjear dos parejas de tímidas palomas por un abono de veinte baños en las amplias y fascinantes piscinas de la costa, «y el verano no hace más que empezar», pensó.

Andaba la tropa de críos por esos años livianos en los que se desea dejar de ser niño (otro cantar es conseguirlo), y se juega a ser medio hombre. Taciturno, Luis esperó la salida de los feligreses de la misa en la calurosa tarde, y antes del cierre de los portales se coló en la iglesia con la linterna de mano en su bolsillo. Se apresuró sigilosamente a esconderse en el confesionario de madera tallada, y con un gesto enérgico, corrió las cortinas de fieltro negro.

—Ahora si tengo paciencia y no respiro, lo conseguiré, —se dijo.

Al cabo de un largo rato, que le pareció una eternidad, y sofocado por la emoción, oyó los pasos pausados del párroco, los adivinó dirigirse hacia los portales. Reconoció el chirrido metálico del cerrojo con facilidad, debido al preciado tiempo que había dedicado a ejercer de monaguillo en otra época, y atinó otra vez, cuando escuchó los pasos alejarse rumbo al altar. Se sosegó y aguantó ahí hasta el anochecer.

Por el tiempo transcurrido dentro del habitáculo, el divino silencio del templo lo confesó para toda la vida, y quien sabe, tal vez le perdonó también. Estaba tan asustado, que se atrevió a salir del solemne sanatorio de las debilidades humanas, y se acercó a uno de los portales. Las manos trémulas, asieron la palanca de la barreta, la hizo girar sin hacer ruido hasta deslizar el eje de las argollas del bastidor. Uno de los volantes se abrió. En la penumbra de la bóveda de la entrada, sentado sobre un escaño de piedra, le esperaba el temible Aníbal. Le hizo la señal convenida, y se llevó el dedo índice a la boca, Aníbal entró aturdido y sin resollar. Una vez dentro, cerraron el volante del portalón, y se encaminaron de puntillas hacia la torre de la iglesia. Ninguno de los dos pronunció palabra alguna. ¿Estaría cerrado con llave el acceso a la torre? Sabían que estaban en el punto crucial de la operación, y todos los quebraderos de cabeza serían vanos. Aníbal agarró la empuñadura, la apretó hacia abajo, empujaron, y la puerta cedió.

—Aleluya, —balbuceó Luis.

Se adentraron en la oscuridad, y tropezaron con dos gruesas cuerdas de esparto trenzado que colgaban del minúsculo campanario y que, sin embargo, se distinguía de los altos minaretes de las nobles mezquitas de la ciudad por el repicar de sus campanas. El sonido que emitían, señalaba las horas en punto y los cuartos. Contrastaba con la voz honda y clara de los almuédanos o patriarcas islámicos, que llamaban a la oración de sus devotos fieles, cantando los versos del Corán a los cuatro vientos en los ineludibles amaneceres, mediodías y anocheceres de entonces.

Todos los morenos de blanca palidez y pies negros que vivían en el más latino de los barrios de la ciudad de Casablanca, siempre intuyeron que Dios es grande, el más grande, y hasta un poco más quizás. En casi todos los hogares de donde provenían, y cuyas moradas se ubicaban en torno a la iglesia, siempre supieron de la grandeza de Dios. Y era raro el que no tenía una seria razón para contar una historia milagrosa y verosímil, de cómo sus abuelos habían naufragado por esas tierras de barbarie, donde por aquella idílica época vivían en paz, árabes, cristianos, hebreos, y numerosas etnias tribales de beréberes diseminadas por las montañas del Atlas y del Rif. Estos últimos, pululaban por el barrio como honrados tenderos, y tenían fama de ser hábiles negociantes.

Luis encendió la linterna y alumbró la escalera helicoidal que, circunscrita a la torre, llevaba a la cima. Cada peldaño estaba recubierto por una espesa

costra de excrementos de paloma, igual que la bandada. Asombrados se miraron los dos cara a cara, y Aníbal dijo:

–¡Caramba! Vamos a nadar en un estercolero antes que en las piscinas de la costa.

Luis se echó a reír de buena gana, hasta caer en la cuenta que su risa tronaba y resonaba por el efecto acústico, por lo cual se retuvo.

–Manos a la obra, –le dijo a Aníbal.

En lo alto de la torre que soportaba el campanario, incrustada entre los ladrillos de la fachada principal, una cruz colosal de cristal vidrioso y translúcido, permitía divisar desde cualquier punto del barrio, el haz de luz elevándose por la torre de la iglesia. Enfrente de la verja frontal de la iglesia, sentados cómodamente en los bancos de un jardín, los demás compañeros seguían con atención y expectantes, la ascensión al campanario de los dos bravos compinches. Se decían entre ellos al avistar la luz:

–Que lentos y torpes van.

–Ya tendrían que estar arriba.

–Parece que van pisando huevos.

Mientras tanto, Aníbal y Luis subían más miedosos que cautos. No precisaron de *piolet* ni *crampons* para superar los asquerosos escalones de la inmensa escalera, pero precavidos, iban asegurando sus

pasos con improvisados arneses y clavos de fijación, como en las mejores cordadas alpinas, estudiando el perfil de la vía elegida; y ante las dificultades, no dudaron en montar un vivac para recobrar fuerzas y ánimo, ya que el olor que emanaba era asfixiante. Por fin, haciendo alarde de infinito equilibrio, los dos acróbatas llegaron a percibir las espléndidas campanas fundidas en bronce, y sobre todo, los nidos de las palomas. Era el motivo que los traía de cabeza, y por lo que sortearon los incontables peligros que no figuraran en las prestigiosas revistas de montaña, y que no inserto en este párrafo, por compasión.

Se repartieron el trabajo como buenos hermanos. Luis orientaba el foco de luz de la linterna deslumbrando o cegando las palomas, y Aníbal las capturaba sin el menor escrúpulo. Cumplieron con éxito la misión de raptar las pacíficas aves, con los correspondientes aleteos como exigua resistencia, y algún patinazo imprevisto. Los dos artistas del trapeo bajaron tan veloces, que la pluma del escribiente no pudo recoger esos momentos, ni menos aún describir el descenso. Antes de salir de la iglesia, la solemnidad del templo serenó la fogosidad de los muchachos, y al cruzar por el ámbito del altar se santiguaron por respeto o por hábito. ¿Será un misterio más que añadir al cuento? Con franqueza, toda buena costumbre merece veneración.

Las palomas iban destinadas a un palomar del vecindario, y serían entrenadas como palomas mensajeras,

por un amante del deporte o arte colombófilo. El trueque se efectuó según lo estipulado, el pobre sólo posee su palabra, si la pierde, su cotización bursátil baja a límites insospechados, y su crédito se desvaloriza hasta no valer nada. Ellos lo sabían muy bien.

De este modo, Luis empezó su peregrinar por el mundo de los vivos. Huérfano de padre, su madre ejercía de modista. El metro de cinta ceñido al cuello, y con una tiza en la mano, estaba siempre atareada ante una mesa enorme de corte y confección, labor que nunca fue de su agrado, pero que desarrolló con destreza por su talento innato para el dibujo, y un amor constante y leal hacia sus hijos. La modesta casa, a menudo inundada por mozas aprendices y mujeres en sesión de prueba, rebosaba de bobinas de hilo, paños de lana o franela, y recortes de tela. Por ese percance pasajero, Luis duraba en la casa el tiempo justo para soltar la valija con los libros y cuadernos del liceo, dar un beso furtivo a su abuela, y se despedía para reunirse con sus entrañables amigos, cosa que sus parientes no dejaron jamás de reprocharle.

Un triste día, Juanico el sacristán calzó su motocicleta en el bordillo de la acera, y como de costumbre, se dispuso a sacar las dos cuñas de madera, para salvar los escalones de la entrada al patio del cine parroquial. Hombre alto y destartado, el rostro enjuto y casi enfermizo por su hábito a la bebida de licores, se movía con una parsimonia y languidez

fuera de tiempo. Si el recuerdo aflora así, será que en la edad propia de la inocencia se gravan en la memoria los rasgos físicos deformados e inciertos, pero coincidían todos los muchachos en que tenía las piernas tan largas, que parecía andar con zancos. Sobrio en el vestir como buen sacristán, tendría dos trajes de lana gris, ya que era inimaginable verle con otra ropa.

Colocó las dos cuñas de madera en sus respectivos escalones, y arrancó el motor de su motocicleta. La maniobra consistía en centrarse en la calzada, y virar en redondo para enfilar las dos cuñas alineadas. Iría tan absorto en sus pensamientos, o ensimismado por los tragos de vino, que no se percató de la cercanía del malvado Domingo, otra pieza de museo de la banda de muchachos. Este último le dio con la punta del pie a la segunda cuña, desplazándola de la derrota seguida por el patético sacristán, justo cuando la motocicleta franqueaba el primer escollo. El desdichado Juanico chocó de lleno con el segundo escalón de mármol, tumbando sin remedio la motocicleta y dando con los huesos en el suelo. Despatarrado y con los ojos ensangrentados de rabia, se volvió hacia Domingo enardecido por el júbilo del espectáculo que estaba ofreciendo, y le prometió vengarse de esa fechoría o ultraje:

–Me lo pagarás, bandido, –le gritó–, granuja, –siguió gritando– canalla. –Insistió.

Desde la acera de enfrente, el resto de los muchachos no sabían si reír o llorar, el caso es que se esfumaron en estampida y sin borrar sus huellas, el nítido rastro que dejaron les delató, y es por lo que los curas de la parroquia, reunidos en asamblea, decidieron que ya estaba bien de cuentos (bromas aparte). Por lo visto, deambular por las inmediaciones de la iglesia perjudicaba la educación de los jóvenes, resolvieron darles la oportunidad de resarcirse de todos los males causados a la comunidad, si eran capaces de participar en alguna que otra función teatral para un festival benéfico, con el fin de recaudar fondos o dinero, organizar un campamento de estío en una finca propiedad de la parroquia, y así desbaratarles la tentación de volver a por sus fueros.

Así fue como la banda de jóvenes, enjaulados en un autobús decrepito, como resignados penitentes, se encaminó hacia el destierro de su destino. Cruzaron el desierto de buenaventura, y un bosque ceniciento por la bruma matutina que lo impregnaba. Todo el paisaje formaba parte de una naturaleza misteriosa que asustaba, pero sin llegar a intimidarles. Iban provistos de los supuestos suministros necesarios, para pasar diez o más días en plena campaña del norte de África, con fe en sobrevivir a las inclemencias del tiempo, y demostrar su capacidad de defenderse solos ante cualquier contratiempo o dificultad. Albergaban la esperanza de afrontar con dignidad las penurias del aislamiento, y la ilusión de regresar sanos y salvos.

Al término de unas cuantas horas de tremendas sacudidas, y volteos inevitables por las carreteras del Marruecos de los años sesenta, el autobús giró desviándose por una pista o carril de tierra agrietada por la persistente sequía. A través de los cristales de las sórdidas ventanillas, contemplaban el paraje árido por el que transitaban, apartado de los confines de la tierra, y lejos hasta del fin del mundo. Contaron cuatro tuneras, dos palmeras, una jaima, un ridículo maizal, matorral de bolina, algunos cardos achicharrados y un pequeño rebaño de chivos que pastaba por los alrededores. Era todo el vestigio de vida que se respiraba por allí. La polvareda que el autobús levantaba impedía ver algo más, sólo cuando este paró, entonces se destacó con claridad la entrada al rancho. Dos estacas carcomidas por la humedad del mar cercano, y de donde partía la empalizada alambrada que cercaba el cortijo, sostenían la verja de la entrada y soportaban un arco doble de hierro enmohecido. Soldadas las letras en el espacio de esa franja, pudieron leer: «E CORAZÓN E MARÍA». La letra «D» suspendida al revés por un punto, estaba al filo de descalabrar con el primer soplo de viento, a cualquier despistado que se situara debajo. Mientras que faltaba la letra «L». Supongo que Hasan, el portero, la utilizaría como palanca para algún artilugio de su invención, ya que era propenso a emprender reformas en la choza que tenía asignada. Descargaron todos los pesados bártulos, junto con unos trastos tan singulares como inservibles, y el chofer, con una sonrisa amarga en la cara, que reflejaba el alivio de retornar sin el

escándalo de la ida, les saludó para desearles buena suerte.

Vino al encuentro de los muchachos el guarda, y, gesticulando como un turco en combate, les indicó donde podían instalarse. Hasan era un hombre con espaldas anchas, brazos fuertes y verrugas en las manos. Se presentó guarnecido con una túnica blanca y el turbante de percal liado a la cabeza. Con la dentadura mellada, no dejaba de masticar ramas de regaliz mientras hablaba un francés de oportunidad. Tenía, de sus tres o cuatro esposas, un sin fin de hijos, por lo menos veintiuno, adornados con andrajos de caridad que daba lástima, correteaban descalzos por los alrededores a una chabola deslucida.

Entraron en la finca con el conjunto de la carga y dispusieron cuatro tiendas de lona, diagonalmente opuestas, en un llano a la sombra de unos árboles de eucalipto repletos de pájaros cantores. Los hermosos primeros días transcurrieron en paz, con un sol radiante y alentador. Imperaban las clásicas diversiones, disfrutaban como enanos cada cual con su afición. Hasta se convocó un partido de fútbol, que acabó en una merienda de negros, con las inoportunas disputas que se originan cuando no hay un juez imparcial que lo arbitre. Casualmente una tarde, levantando todas las piedras sospechosas de esconder una guarida, un parche de muchachos se dedicó a coleccionar escorpiones venenosos, para enfrentarlos a un robusto lagarto, que Aníbal ya se había encargado de domar. Cual fue su sorpresa,

cuando atónitos vieron cómo el lagarto se los zampaba de un zarpazo y bocado. Con el mutuo consenso, el lagarto se erigió en mascota del campamento, y se le encargó la vigía del dulce sueño de los muchachos.

Al ocaso de los días, cuando el sol no hacía tantos estragos y el viento amainaba, acostumbraban dirigirse todos juntos a bañarse, por un sendero en la parte trasera de la finca, y que guiaba a una playa de arena rubia y fina. Desfilaban el torso descubierto con una toalla en la mano, a través del follaje tupido y denso de unos olivos bravíos que bordeaban el estrecho camino, cuando de repente, les sorprendió un silbido estridente seguido del ruido sordo de un golpe, que los paralizó. Sobresaltados aún, una piedra lanzada desde atrás, había arrancado de cuajo la cabeza a una culebra, que enroscada a la rama de un acebuche, se aprestaba a atacar a uno de los muchachos. Dando saltos de alegría desbordada, y braceando a modo de festejo, enarbolaba un tirachinas de envergadura razonable, el presumido Andrés.

–Soy un monstruo. –Les dijo, acariciando su coleta greñuda y sonriendo indolente.

Por el color claro y sin manchas en la piel del reptil, sabían que la mordedura no era mortal, pero todos al unísono celebraron la certera puntería del compañero. Andrés cuidaba su larga melena herculeana con un esmero tan desmesurado, que los potinques y mejunjes que usaba para realzar su rizado

cabello, le ocupaba media mochila. Así era el ambiente que reinaba entre la tropa de amigos, siempre tan unidos, cuidando los unos de los otros sin recibir nada a cambio.

Por las noches, bajo un cielo estrellado más allá del horizonte, descansaban entorno a una hoguera en medio del campamento, abrigados con mantas y bien arropados, atentos a las historias inéditas e increíbles de Salvador, cuyo fervor para contar relatos extravagantes y enigmáticos era descomunal. Hilvanando las ideas, ligaba una trama con otra manteniendo los muchachos en vilo, y sin que la admiración por los cuentos se resintiese, hasta que de pronto con un grito, los bajaba de las nubes donde todos deseaban seguir. Cuando su inspiración y elocuencia mermaban, y con una total arbitrariedad, cortaba las narraciones diciendo:

–El siguiente episodio continuará mañana.

Dejándoles ansiosos e intrigados hasta que sucumbían ante el cansancio, vencidos por el ajetreo de la jornada, y se iban a dormir.

Los acontecimientos comenzaron a torcerse una mañana gris, con el viento hostil de una profunda borrasca que amenazaba con arrancar de raíz las tiendas de lona. Al despertarse, la mirada embebida en lágrimas y con tintes de preocupación, Andrés sintió un dolor intenso en su rodilla izquierda. Luis, que dormía tendido a su lado, no tardó en despabilarse, y efectivamente, tenía una picadura ínfima en la

rodilla. Luis le ayudó a incorporarse. Estaban los dos de pie, prestos a salir de la tienda, cuando el resplandor temprano de los rayos de sol espantó una araña, que se movía por el revés de la lona, huyendo de la claridad para refugiarse en las tinieblas de su antro. Se percataron que quizás fuese la autora de la mordedura, y Luis la aplastó con la suela de su calzado contra la lona de la tienda.

Apenas si Andrés pudo andar. Con un espíritu encomiable aguantó como cancerbero el rutinario partido de fútbol de la mañana, pero al mediodía, la rodilla inflada de mala manera, le impedía quitarse el pantalón. La hinchazón producido por el veneno de la tarántula alcanzó un tamaño alarmante. Tuvo que recortar el pantalón de algodón a tijeretazos, para aliviar la presión que ejercía sobre la rodilla. No cundió el pánico, pero toda la pandilla advirtió la urgencia de avisar a Hasan para que comunicara el incidente a la parroquia. Y así fue, no dudó en prestarse para el servicio. Salió volando como si le fuera la vida en ello, subido en el sillín de una arcaica bicicleta, que no necesitaba bocina, pues la holgura de los guardabarros y ruedas permitía que, chocando entre sí, simulase una fanfarria tan aparatosa como armónica, que se oía a veinte leguas. El periplo de encontrar un teléfono por esos parajes, sólo podía afrontarlo con éxito Hasan. Volvió empapado en sudor pero orgulloso de cumplir con su deber. Al día siguiente se llevaron a Andrés lívido y atarantado, después de pasar una noche de perros ensopado en su saco de dormir, tanto tenía calentura

como de pronto escalofríos. Toda la banda se mantuvo en vela pendiente de su evolución hasta los albores del nuevo día.

Será que tanto las desgracias como las calamidades reaccionan en cadena, o que la aureola magnética que las corona hace que se atraigan una a otras, porque en la precaria cocina del campamento, la escasez de alimentos era notoria. La previsión más favorable les otorgaba como esperanza de vida, alcanzar la noche nutridos. Entonces, los jóvenes reunidos en consejo acordaron cazar pájaros para el almuerzo del día siguiente. Por la noche, con linternas de mano y escopetas de aire comprimido, dieron una batida por la escasa arboleda de la finca. Contagiados por un ansia febril y delirante, avasallaron los indefensos pajaritos como salvajes, y los amontonaron en sacos de cordura poco aireados. Luis advirtió que se les iba la mano, e intentó disuadirles con el pretexto que tenía otra idea mejor para apaciguar ese insaciable apetito de muerte y destrozo. Les instó amonestándoles con cuentos chinos, o avisándoles que la dieta de pajaritos podía ser perjudicial y dañina, según había oído referir a veteranos de la última guerra. Aguzó su imaginación para convencerles, siguió insistiendo con lecciones de sabiduría popular y alguna que otra canción fúnebre. Les sugirió mil y una alternativas. No pudo más, exasperado, les dijo:

—Sois unos miserables.

Contrariado por el desmán de la tropa, se escabulló de la despreciable brega, dejó a los muchachos

en la oscuridad de la tenebrosa noche, con su mantanza horrenda y cruel, y se acostó. Comieron pájaros pues, hasta hartarse y reventar, y aún quedaba sacos para cebar un batallón de caballería.

Al día siguiente, el calor del desierto invadió los campos, el sopor era infernal, nadie osaba salir de las tiendas por el riesgo de caer fulminado por los sa-blazos del sol. Se diría que el diablo había sitiado el campamento. Era el castigo por excederse en su afán de abastecerse con los pobres animalitos. Al cabo del día, la carne de los pájaros se descompuso, ya que los carroñeros brillaron por su ausencia. El hedor se propagó por el nauseabundo campamento, urdiendo sus finos hilos y penetrando por todos los rincones con su repugnante pestilencia. Les asaltó el recuerdo del libro titulado: «La peste» de *Albert Camus*, y la miseria que podría acarrearles hirió la sensibilidad de todos. Los inmundos sacos, prueba indeleble del delito, se convertirían en un foco de epidemias. No dudaron en remediar semejante perspectiva, y se pusieron a escarbar la tierra con sus propias manos, hasta cavar una fosa bien honda para enterrar los infectos sacos.

Cooperaron sin regatear esfuerzos, entregados de pie a cabeza, y sin permitirse desfallecer ante un panorama tan lúgubre. Al término del arduo y azaroso trabajo, aliviados de culpa y responsabilidad, se serenaron un instante. Al cabo de tan breve momento, y angustiados aún por la falta de provisiones, se volvieron hacia Luis desafiándole, y

haciéndole responsable del caos en el que estaban inmersos. No tardaron en preguntarle:

–¡Bueno! ¿Cuál es tu genial idea?

Luis se sintió protagonista sin haberlo deseado. Les informó que no muy lejos de la finca, había un maizal bien surtido, y que las panochas estaban doradas, hermosas y con un tamaño envidiable.

–Iremos de noche, cuando el hortelano esté charlando con los ángeles del paraíso. –Les dijo.

Un rumor de aprobación planeó por encima de sus cabezas de chorlitos. Entusiasmados por la revelación, designaron los miembros de una cuadrilla por sufragio universal, y nombraron al jefe, condecorándole con una estrella de mar de cinco patas. Se tiznaron la cara restregándose por el rostro un trozo de corcho quemado, y se armaron de una canasta de varillas de mimbre, que les prestó Naira, la hija mayor de Hasan. Los cuatro valientes aguardaron inquietos, entorno al fuego del campamento, que la medianoche se adueñara de la vasta campiña, impregnando los más recónditos lugares con un silencio sepulcral. Con las instrucciones claras y a paso ligero, se pusieron en marcha. Arribaron al maizal al cabo de media hora de tortuoso camino, y atacaron por el flanco izquierdo las filas de mazorcas. Las manos actuaban con la rapidez de unos tahures habilidosos. La canasta estaba llena hasta el borde, cuando de improviso, sonó un disparo, y una ráfaga de plomos asoló las copas de

las matas de maíz cercanas, echando por tierra la pretensión de los muchachos. Tres de ellos pusieron los pies en polvorosa, y Luis, que siempre fue de reflejos lentos, impávido, no interrumpió su labor, siguió un ápice más hasta notar que solo, no podía arrastrar la canasta llena hasta los topes. Entonces, y sólo entonces, cayó en la cuenta que le habían abandonado. Luis relacionó la desaparición de sus colegas con el ruido estrepitoso del disparo, así que desabrochó unos botones de su camisa, introdujo en ella las panochas que buenamente pudo; y huyó tan deprisa, que el fogonazo del segundo tiro solo deslumbró algunos grillos errantes, y los lesivos plomos sólo acribillaron el vacío del aire que dejó al escapar.

Cuando Luis llegó ileso al campamento, la horda de jóvenes estaba exaltada e impaciente, azuzada por la hambruna exigían explicaciones a los tres ladrones de panochas en apuros. Les preguntaban reiteradamente:

—¿Dónde está la canasta?

—¿Y las mazorcas?

Luis enmendó la algarabía repartiendo con sus compañeros las únicas panochas de maíz salvadas de la excursión nocturna. Las asaron al carbón chispeante de una hoguera, entorno a la cual comentaron el incidente. Algunos pretendían volver a por la cesta de mimbre repleta de mazorcas, pero el indicio aciago del canto de una lechuza moteada,

les redimió de arriesgarse a realizar tan inaudita proeza. Otros lamentaron que la tertulia del granjero con los ángeles de la noche fuese tan breve y tan poco entretenida o amena, pues estaba demasiado desvelado y vigilaba su huerto con excesivo celo. Y por fin, entre todos, trataron de animarse mutuamente para tonificar su ingenio, que debido a los últimos acontecimientos estaba estancado como un sedimento inerte y endino.

Era un secreto a voces en el campamento, pues una noche, Hasan vino con muestras de extremo alborozo a contar, que había concertado la boda de su hija mayor Naira con un anciano muy rico de la vecindad. Naira, por entonces, tendría catorce o quince años. Hasan obtendría a cambio un reducido rebaño de cabras y veinte fanegas de terreno baldío. Ciertamente, no era un negocio para quemar tracas o tirar cohetes, ni siquiera echar a volar cometas por el cielo, con sus colas de papel cimbreado, pero según comentó, aliviaría su precaria economía familiar. No todos los muchachos compartieron su regocijo, pero le reconfortaron dándoles palmadas en la espalda. Luis se figuró un viejo huracán y avaro, apremiado por una inminente muerte, hurgando en la llaga y punto débil del pobre Hasan. Tenía tantos hijos que no pudo rechazar la oferta. A Luis le costaba asimilar algunos rasgos de esa cultura o incultura ancestral, que a su modesto entender, actuaba a veces como un lastre perverso.

–Me duele desprenderme de mi hija, ella es voluntariosa y no es de su agrado el pretendiente, pero son tiempos difíciles. –Les dijo para justificarse.

Oponerse por parte de Naira a la decisión de su padre era un suicidio, sería repudiada por la familia del vejestorio. Hasan tendría la obligación de vejar a su propia hija, le ordenaría trabajos indignos, y ella sería objeto de una persecución ruin e infame.

Una tarde tediosa, los muchachos se marcharon a pescar sargos plateados por los acantilados y recovecos del litoral, mientras que Luis, sentado a la sombra de un eucalipto, estaba entretenido leyendo un libro ameno para matar el aburrimiento. Naira apareció portando en una mano, una bandeja de tortas de pan rellenas con compota de ciruela, y una escudilla o cuenco con dátiles en la otra. Luis se levantó para auxiliarla en su intento de posar el conjunto sobre unos tablones de madera, en la cocina del campamento. La observó detenidamente, tenía la cara redonda y los ojos ligeramente saltosnes, de su cabello castaño, cubierto por un pañuelo de seda gris, asomaban dos mechones ondulados por su esplendorosa frente. Naira irradiaba una belleza exótica y primitiva que le cautivó. Al arriarse, las telas de muselina estampada que envolvían su esbelto cuerpo exhalaban un leve aroma a jazmín que despertó en Luis una pasión desconocida hasta entonces. Ella presintió su interés, y se cruzaron sonrisas inocentes. Sin mediar palabra alguna, y cogidos de la mano, se alejaron del campamento por temor a ser vistos. Cómplices de un amor sincero, se ocultaron en una hondonada. Temblorosos se amaron sin tregua toda la tarde, escondidos entre cañizos. La brisa del mar y el mirlo

cantor encubrieron el murmullo de su jadear y el pulso fugaz de sus corazones. Naira se despidió dándole un beso tierno en los labios, y le dijo que los alimentos eran parte de los regalos que el viejo taño entregaba regularmente para camelar a su padre, estaba enterada del incidente del maizal, y de las penurias que los muchachos estaban atravesando. Luis se quedó petrificado, no sabía que con-
testarle. Se rindió ante la bondad y generosidad de una muchacha que sacrificaba su virtud por ser íntegra con sus sentimientos. La contempló alejarse irremediabilmente, y se prometió liberarla del yugo esclavista al que estaba sometida. Se empeñó hasta el cuello en esa inefable hazaña, y esa misma noche apenas concilió el sueño. Diseñó tantas estrategias que podría conquistar África entera, derribar el imperio bantú, vencer a los monstruos prehistóricos, someter al mismo Lucifer, acometer empresas inverosímiles. Los demás colegas, extrañados por la conducta delirante de Luis, se quedaron perplejos. Intentaron en vano apearle del limbo por donde navegaba, algunas veces con mar gruesa e incluso arbolada, y otras, en aguas pantanosas y sin turbulencias. Todo lo que acaecía en el campamento le era ajeno, despreocupado por su sustento no comía, se pasaba las horas enteras discurriendo o divagando por la finca. Vivía al margen.

A pesar de todo, la vida seguía su curso en el campamento, los muchachos no dejaron nunca de ingeniárselas para subsistir. Arrasaron cuevas y promi-
nencias marinas en busca de mariscos, cangrejos,

racimos de mejillones, erizos y todo bicho viviente susceptible de caber en una olla. Hasta discutieron ferozmente cuando se planteó la posibilidad de incluir a la mascota del campamento. Aníbal, decepcionado e irritado, no se creía que los muchachos pudiesen llegar a tanto, y se rebeló en contra de esa postura:

—¡No! El lagarto no, tendrán que matarme.

Con esta respuesta determinante, acalló la turba de ellos, dejándoles indispuestos y con un cabreo momentáneo, que se disipó al instante, pues todos conocían las condiciones físicas de Aníbal y su fuerza bestial. Aníbal comprendía el ímpetu de los compañeros pero no entendía la ingratitud mostrada hacia el lagarto. Excepto el desliz de la picadura de la tarántula que hirió a Andrés, nadie más durante las noches sufrió mordedura de serpiente ni picadura de araña, y tendrían que reconocer el menester de mantener viva a la mascota.

Mientras tanto Luis patrullaba por todas partes, rondando en busca de la inspiración divina que le orientara en la espiral voluble del amor en la que seguía envuelto:

«—¿Cómo puedo luchar contra siglos de tradiciones arraigadas en sus gentes? ¿Cómo salgo de este callejón sin salida en el que estoy perdido? ¿Seré digno de su amor?»

Cavilaba sin cesar, y eran preguntas ambiguas que se ahogaban en un pozo sin fondo. En puntuales

momentos de lucidez, seguro de sus sentimientos, y con la determinación firme e inquebrantable de convencer a Hasan, se decía:

«—Le hablaré abiertamente, la verdad aflorará tarde o temprano, y él entonces no será indulgente».

Preso de una impotencia abismal, e inmerso en planteamientos filosóficos de altura, no atendía los consejos de sus amigos que le veían cada vez más distante y ofuscado.

Los buscavidas de la banda hilaron tan fino, que maquinaron la manera de robar una gallina del corral de Hasan. Planearon todos los detalles bajo la tutela del engreído Bernardo, otro puntal deforme del vivaracho tropel de jóvenes, quién tuvo al parecer la brillante idea de cortar parte de la tela metálica del gallinero y engatusar al ave con granos de arroz. En efecto, la gallina salía y se distanciaba de las cercanías del corral. Y, como era tan veloz y esquivada, revoloteaba alrededor de Bernardo sin que pudiese atraparla, así que pidió ayuda a los demás compinches. Allá fueron, Bernardo les ordenó colocarse en sus respectivos puestos, y agarró un bate de pelota base (béisbol), por lo visto no estaba dispuesto a que una gallinita miope lo ridiculizara otra vez más. Se vengaría de la afrenta. Una nube de polvo en suspensión imposibilitaba la visión diáfana de los hechos. En vez de gritos de guerra y chillidos, se oía una amalgama de quejas y llantos ensordecedores, reinaba una confusión tan desatinada que a cada error o fallo en los lances de

Bernardo con el palo de béisbol, atizaba la canilla de algún compinche. Ante tanto maltrato y desconcierto, los compinches se esfumaron como por arte de magia, y Bernardo se quedó solo. Nadie arriesgaba las espinillas por un caldo de gallina miope. Jamás se supo si fue un golpe de suerte, o su innata habilidad, pero la mató.

Estaban los muchachos en el campamento curándose las heridas ocasionadas por la repentina persecución, cuando llegó Hasan enojado. Portaba en una mano la gallina muerta y el palo, la otra mano, aferrada al cogote de Bernardo, lo mantenía levantado un palmo del suelo, sacudiéndolo como un vulgar espantapájaros. La reprimenda fue severa, y Hasan consideró que todos eran culpables de la muerte de la gallina. Sabía que Bernardo era tan solo la víctima expiatoria del macabro accidente. Achantados ante las razones que Hasan exponía, no le rechistaron en lo más mínimo. Tenían las horas contadas en esa naturaleza salvaje que ejercía una poderosa atracción en sus corazones sedientos de aventuras, y que esta vez malograron. Tristes y arrepentidos, desmontaron el campamento, plegaron todo lo plegable, embalaron el embalaje, y se cercioraron de avisar a Luis, que andaba aún más liado que la peonza de un niño chico. Dando vueltas por las dunas de la playa, escuchaba el murmullo de las olas susurrarle la solución a todos sus males.

Mientras esperaban el autobús, liberaron a la afortunada mascota a su suerte, y entablaron una

conversación graciosa en la cual, como una farándula decepcionada por la actitud del público, procuraron esparcir sus decepciones:

—¿A quién se le ocurre utilizar un palo de béisbol para cazar una indefensa gallinita?

—Los americanos tienen la culpa de todo.

—No creo; es el lagarto que nos trajo mala suerte.

Estos y algunos achaques más, no exculparon los muchachos de sus actos, pero les dio pie para justificar la no muy airosa salida de la finca. Bernardo, con la ayuda de Aníbal, colocó correctamente la letra «D» en la enseña del portón de la entrada a la finca, e improvisó una letra «L» que ató con alambre al resto de la enseña. El autobús no llegó puntualmente como era de esperar. Cargaron el abultado equipaje y demás enseres, una vez dentro y agolpados en el último asiento, leyeron:

«EL CORAZÓN DE MARÍA», lindas palabras que gravaron en sus almas de bribones para el resto de sus vidas.

Luis, anhelando volver a por Naira, sin apartar la mirada de la verja, y con los pensamientos fijos, se quedó clavado en el asiento de atrás todo el viaje. Dócil como una oveja, de sus ojos brotaron dos lagrimones que resbalaron por su plañidero semblante, como muestra palpable de su incapacidad de adolescente para luchar contra lo ineluctable.

El regreso a la ciudad, amenizado por cánticos rutinarios, estuvo plagado de anécdotas triviales. Al llegar, el abad impaciente y azorado por el comportamiento chabacano que habían demostrado, les esperaba para sermonearles a título extraordinario. Asumieron el reproche con la indolencia propia de la juventud en esos casos. Se despidieron efusivamente entre ellos, y antes de dispersarse, acordaron reunirse unas horas más tarde para visitar a Andrés, e informarse de su estado de salud.

Andrés estaba mejor atendido que el sultán de Damasco, mimado por sus afables hermanas, no le faltaba ni un detalle, recostado sobre cojines de terciopelo y almohadas, mantenía la pierna estirada por recomendación del enfermero que, cotidianamente, venía a sanarle la herida atiborrada de gasas y algodones. Escuchó el relato de los increíbles sucesos por boca de Salvador, y no paró de reírse a carcajadas mientras duró la narración. Acha-có todos los males en la conducta de los muchachos a la inexperiencia, y disertó acerca de su imprescindible presencia para solucionar las deficiencias de la pandilla (como era de prever).

El último recuerdo que mantengo vivo de la banda de amigos, es la imagen fugaz de todos ellos, enredados en un sumiso desorden, caminando por el zoco del cuarto día de la semana, inmersos en ese entramado de colores abigarrados, y enjambre de seres vivos al que no dejaban de asistir, aunque solo fuese por el placer de recrearse en el tumulto

de los nativos, y el bullicio de sus pasadizos. Universo artesanal y reguero de luz telúrica, el mercado de los miércoles, como en un hechizo ineludible, los absorbía, andaban entre puestos de alfombras voladoras y tapices sirios, donde las miradas cantan y la alegría se respira, donde se quema el llanto y se esboza la sed, donde la curiosidad se nutre de una argucia atávica, y donde impera la magia de los sentidos.

Doce años más tarde, a principio de la década de los ochenta, Luis, hecho un hombre retorcido de vicios, y estragado por la escoria de unos tiempos modernos, que distan mil y una leguas de ser un manantial de vida serena y honesta, se encontraba pescando en una cala de aguas cristalinas, próxima al faro de la entallada, en la isla canaria de Fuerteventura.

Era de noche, la mar en calma, y todo a su alrededor invitaba a descansar de las embestidas cotidianas. Tendido sobre la cubierta de un pequeño barco, y deseoso de evadir una pena que le encogía el corazón, se recreaba en su afición preferida con un gusto exquisito. Sin atisbo ni señal de enganchar pez alguno, se dispuso a recoger el aparejo y a levar ancla. Se incorporó a la caña del timón para aproar rumbo a puerto, y arrancó el motor fuera borda que gobernaba la embarcación. Surcaba las crestas de mar rizada por el terral flojo, que soplabá al despuntar del cabo a sotavento, cuando por

la amura de babor, gracias a la luz marchita de luna triste que la iluminaba, avistó una embarcación obsoleta. La decrepita embarcación demoraba como media milla de distancia, no exhibía luces de posición, y por la brusca escora que aparentaba, iba a la deriva y sin gobierno. Luis se frotó los ojos con sus manos para cerciorarse que no era la aparición de un espejismo o la alucinación de un buque fantasma, y volvió a mirar.

–¡Dios!, No puede ser cierto. –Se dijo en voz alta.

Cambió el rumbo y se dirigió hacia la aparente alucinación; a medida que iba aproximándose, la precaria embarcación se destacaba más clara y cierta. Era una barca de poco calado en forma de patera; convertida en balsa, zarandeaba sus tripulantes en todas las direcciones. Poseídos por el pánico, achicaban sin cesar el agua de las sentinas, vociferaban gritos de socorro, vomitaban sus miserias por la borda, y sus rostros reflejaban la tragedia en la que estaban sumergidos. La mayoría eran gentes de África subsahariana, mujeres, niños, adolescentes, y con pocos hombres enrolados al frente de tan aparatosa expedición. Luis maniobró para echarles un cabo, y les gritó en lengua árabe, de fortuna que se calmaran, pues la agitación desmedida que reinaba a bordo no hacía más que aumentar el riesgo de zozobra. Algunos desobedeciendo la recomendación, se tiraron al agua con la intención de alcanzar el barco de Luis, y tuvo que amenazarles embravecido con el

bichero hasta que desistieron, y regresaron a bordo. Les entregó una potente linterna para cumplir con las prescripciones de prevención de abordaje, y procedió a remolcarles hacia el puerto.

Al arribar, la niebla matinal reducía la visibilidad, y se vio obligado a aminorar la marcha de su navegar, parecía que se adentraban en una dimensión remota e ignorada. Al traspasar la luz verde de la farola que limita la dársena del puerto, se sintió resguardado y a salvo. Se sabía victorioso por prestar auxilio a seres humanos al borde del naufragio, apunto de irse a pique, y de perder la vida en su intento de cruzar parte del océano, en busca de una vida más próspera.

La aurora mantenía aún algunas estrellas suspendidas de la esfera celeste, y unas nubes salpicadas por el cielo atenuaban el rigor de la madrugada. El muelle estaba desierto. Debido a que era día feriado en el municipio, en la isla, no había rastro de la autoridad portuaria. Apenas las dos embarcaciones atracaron, toda la horda de náufragos se esfumó sin despedirse ni agradecer a Luis el gesto de remolcarles a tierra. Sin mueca de aspaviento, Luis no le dio importancia, pues sabía que estaban atemorizados, y eran fugitivos de una realidad cruda y sin piedad. A pesar de todo, su peripecia no hacía más que empezar, ya que, pasar desapercibidos por la isla era tarea casi imposible, estaban en tierra, sí, pero no era la tierra prometida, ni tan siquiera la tierra soñada.

Solamente una mujer y una muchacha se quedaron en el dique, iban ataviadas con chilabas de lana, y la mujer se cubría el rostro con un velo mientras observaba la barca de Luis. Después de hacer firmes las amarras en los bolardos del muelle, Luis se les acercó por curiosidad, y preguntó a la mujer:

—¿Que miras tan minuciosamente que no apartas la vista de mi barco?

Ella balbuceó:

—El nombre del barco.

Por encima de la línea de flotación, pintado sobre el casco de madera con un color rojo sangre, a duras penas podía leerse: «NAIRA». Era el nombre con el que Luis había bautizado su embarcación en la botadura. La mujer apartó el velo de su cara, y se cruzaron miradas indagadoras que avivó un fuego apagado durante años. Fue como volver a nacer. Supieron al instante que eran los mismos jóvenes que se habían amado con ternura e inocencia años atrás. Enmudecieron de gusto, y de sus ojos saltaron chispas de alegría que prendieron fuego a la mecha del candil adormecido que iluminaba sus almas. Resucitados por el inusitado encuentro, y cogidos de la mano, los tres se alejaron del puerto para encaminarse hacia la felicidad de sus destinos. La humilde morada de Luis sigue siendo, aún hoy, el escenario latente de una dicha verdadera, y que perdura como ofrenda memorable, en muestra de gratitud hacia la estrella de la

mañana, que señala la puerta del cielo, refugio de pecadores.

Julio 2.000.